

POESIA

POR

PEDRO LEZCANO



1945

COLECCIÓN PARA 30 BIBLIÓFILOS,
EDITADA POR J. M. TRUJILLO.—10

POESIA

POESIA

POR

PEDRO LEZCANO



1945

Tirada de 100 ejemplares numerados, de los
cuales 30 han sido firmados por el autor.

Ejemplar núm.



PEDRO LEZCANO

Auto-retrato

SONETO DE 15 VERSOS

TODO recuerdo de mi sangre ausente
y todo tacto de mi piel. Me veo
—*el madrigal anclado en balbuceo*—
como un emocionado adolescente.

Reverdecida para ti mi frente,
yo te brindo el rubor de mi deseo
y esta declaración torpe de reo,
en dos mi voz partida de repente.

¿Qué fué de mi avezada mano impía,
mi porte noble y mi mirada en reto?
He descubierto el fuego y se diría

que escucho la primera melodía
ante el milagro de tu voz sujeto.
Ante el milagro de tu voz la mía
ha olvidado la norma del soneto.

TUS LABIOS

ESE lugar de ti donde, evadida,
tu sangre moja el aire y se derrama;
ese lugar de ti donde la llama
está a la vez mojada y encendida;
ese lugar en fruto que convida
a escalar la cintura de tu rama;
allí donde tu céfiro embalsama
la palabra de amor recién nacida;
ese lugar de ti bebí, sediento.
(Besar es un ensayo de hacer viento
respirable tus huesos y tus venas)
Pero quedé absorbido en el intento.
Ya me duele tu carne y soy apenas
pez de tu sangre y ala de tu aliento.

AMO, ERGO SUM

DE altas aves rozado y firmamento,
yo era un cerebro en solitaria almena
fuste sin corazón, de luna llena.
Era dueño de mí, dueño de viento.

Mas de pronto un letal descendimiento,
una presencia mía en forma ajena,
una muerte pisando sobre arena
desposeyó mi carne sin tormento.

Mi corazón, mis venas cada día
más ajenas me habitan y más muero.
He dado mi razón, mi fé, mi hombría.

Todo te he dado, amor, nada soy; pero
te siento aquí, te siento ya tan mía
que sólo sé que soy porque te quiero.

ELEGIA A MI PERRO Y A MI

Los perros mueren antes que los hombres.
¿Por qué?, le preguntaba.
El quería decírmelo,
pero tenía el alma amordazada.

Sobre mi sombra negra:
era mi sombra blanca.
Sus dedos, grises como
guijarros blandos, daban
a sus pisadas breve
tenuidad de hojarasca.

Ultimamente, me asustaba el sueño
de mi perro. Ni insectos ni pisadas
le cortaban el sueño.

Y le llamaba.

Entreabría sus párpados, pesados
ya como lápidas,
y mostraba sus ojos exhaustos de preguntas
a la mano en caricia o a la tralla.

Cuánto frío de arcano en la pregunta
de su hocico en mi carne descuidada.
(Era el escalofrío de no tener respuesta
ni para dar a un perro, sobre nada).

Qué salto cruel el suyo
desde la viva gracia
hasta la pestilencia de una muerte
inmunda—perro muerto—ya en palabra.

Y qué abdicación mía.
Desde el trono en pupila que soñaba
sangre de Dios mi deleznable lodo,
retorno al fin a mi insignificancia.

Yo era apenas el sueño de mi perro
—perro sin amo ya. Y amo de nada.

PARA MI MADRE
(EN BÚSQUEDA)

Yo me recuerdo niño soñador de caricias
acechando en mis pasos una intención de senda.
Tú, madre, apenas bucle laminado en un libro
y alabanzas tardías de viejas plañideras.

Me acuerdo. Cal y barro. La lid de las esquinas.
Y ante mi guardapolvo, trajes de fiesta en fuga.
Yo inconsciente buscaba. Oh, mi busca primera
por salones de miedos y sábanas en tundra.

Mis dedos eran odres de caricias sin nadie
—caricias despeñadas por el lomo de un gato.
Autodidacto en besos y cálidas palabras
fuí, mientras mi garganta se inauguraba en llanto.

Cuando olvidé en mujeres la mujer que buscaba
o perseguí en los libros la axila de la ciencia;
cuando viví sin tregua, viví a muerte la vida,
llamaba ya a mi pecho la aldaba de la muerta.

Pero no abrí. Las sombras me nimbaban la frente.
Mi sombra era una mancha guiadora en la tierra,
y yo, sombra asombrada de su sombra, seguía
preguntándole a nadie. (Las sombras no contes-
[tan]).

Aquellos que nacimos en un lecho de muerte
estamos condenados a no reir al sol,
llegados bajo el signo macabro del gusano
vividor de la muerte y agosto de la flor.

Como a través del aire calentado de estío,
como a través de siglos, como a través de lágrima-
(mas,
irreal como la estrella sobre las chimeneas,
me puse en duda—nombre sin realidad nombra-
(da.

Necesitaba madre. Necesitaba fuente
donde beber, de donde un día haber bebido.
Y rebusqué tus ojos, madre, por los arcones,
tus ojos, en un susto de magnesio, sin brillo.

Oh, madre de anchas faldas de rumor ignorado.
Nací a tus treinta años como una yedra insana.
Trocar mi nueva vida por tu gastada muerte
fué mi primer comercio ventajoso y canalla.

Pero me queda tuyo mi yo para quererte.
Madre, mis manos tuyas quedan para crearte.
(Aún no aquí mis miradas: la siega de las tuyas).
He de crearte hija para quererte, madre.

ELEGIA

PARA ANTONIO GONZALEZ,
Muerto en las playas de Alicante,
1944.

EL mar no tiene flores ni pasado
ni senderos que crucen su amargura.
¿Dónde la cruz al marinero ahogado?

Marinero de lenta singladura,
le sorprendió la noche anticipada,
demorando su dicha sin premura.

No hizo caso a la prisa de la nada,
no hizo caso a la sombra, no hizo caso
al poder de la tierra enamorada.

Y la noche llegó, callando el paso,
para apagar la luz al medio día
de un hombre que creía en el ocaso.

Mi soledad de amor sin compañía
por los sitios sin él grita, confusa,
alternando blasfemia y letanía.

Yo no quiero su roce como excusa
del mesurado canto plañidero:
yo no quiero esta muerte como rusa.
No poema. alarido es lo que quiero,
seco como reseca calavera.
Aquí yo el asco de la hiel prefiero
al crisantemo o a la enredadera.
Que mi vasto dolor de firmamento
sepultara en alud la tierra entera,
el sarcástico pésame del viento
y esta cruel risotada de la vida
que tan mal me acompaña el sentimiento.
Yo viviré a la sombra de tu ida.
El aire guardará tu no existencia.
Y la luz, sin tu carne detenida,
respetará la cripta de tu ausencia.
Aquí tu no existir está, a mi lado,
tu ausencia aquí, tu ausencia hecha presencia.
Ni aire ni luz ni pájaro extraviado
transpondrán el umbral de tu vacío,
donde te soñaré, desesperado.

Soñaré en invariable desvarío,
y en mí habrás una vida silenciosa,
resucitado por tu sueño mío.

Pronto una primavera dadivosa
se colgará a mi cuello como amante,
brindándome el olvido de la rosa.

Nada podrá su tentación fragante.
Siempre hablaré a las claras azucenas
de un creyente en ocasos, caminante
desde mi corazón a las arenas.

SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN LA TIPOGRAFÍA
ALZOLA, PEREGRINA, 4, LAS PALMAS DE GRAN
CANARIA, EL DÍA 6 DE OCTUBRE DE 1945.